

## RECONOCIMIENTO: SER LA HIJA

Mi amor se revuelve, y respira y  
vuelve a dormir,

parte de este mundo y con todo y con eso  
parte de aquél.

RAYMOND CARVER

«Vas a ser mi memoria mañana.» Así te condenó por elección la sangre que más te duele. Y es que aquello que significa tu vida también te mata. Por eso hablaste y trataste de explicar la razón de aquella tarde en la que ibas a partir definitivamente, «con la lentitud en la raíz del corazón», tras los rastros de lo que hubiste de ser un día.

«Efímero es lo que sorprendes y eterno lo que te sorprende a ti.» De pronto te dolía la memoria con la injusta reverberación de tu soledad en el vacío. «Hubo un tiempo en que amé», justificaste con la mirada perdida en el sabor amargo que la tierra había dejado en tu boca. Y era cierto. Habías amado la mansedumbre de la hierba suspirando sobre los prados, y el olor de las castañas en el aire caliente del otoño. Pero no sabrías decir en qué momento habías olvidado las palabras que el río escribía cada amanecer bajo tus ojos para enveredarte, como una fugitiva, en una vida en la que tampoco nunca terminaste de casar.

Con todo, algo te devolvía ahora a las huellas de tus pasos por aquel pedrero obstinado por el que un día se perdió tu destino. «Con sólo hundir los dedos en el

barro podría calcular las horas que dejó un jabalí enterradas sobre la nieve. El rastro del calor es elocuente, como sabes». Murmuraste, entre irónica y triste. «Podría enseñarte las trampas para los lobos, y cuál es el brezo que distingue nuestros castaños», insistías. «También podría contar las caricias de una vieja cama de roble (“Axa, mio nina, axa”) en que murieron todas las mujeres de mi familia. Una a una: generación a generación, hasta el día en que yo claudique.» Pero no te demoraste en los detalles de tu febril exposición porque era tan difícil de explicar como de comprender. ¿Quién más que tú iba a entender a estas alturas la rendición de un carro arrastrado por las yeguas negras del miedo? ¿Acaso no te habían advertido de la incompreensión a la que estabas destinada por tus ajenos coetáneos? Te dolía. Te hacía daño en el fondo saber que nadie tras de ti sabría. Y ese dolor se abría en mitad de tu corazón con el vértigo de quien se asoma —y se espanta— ante un despeñadero.

Sin embargo, te diste cuenta de que hablabas y tus palabras se alejaban, como espectros de espectros que sólo percibía tu mirada: como «humaredas divagantes exhaladas por la boca del viento que se proyectaban y estrellaban contra el vano del silencio». «Cuando regreses a casa te voy a explicar el rumor de las ortigas en la sangre», recitaste de memoria. Pero él te miraba con conmiseración. Como harían tus antepasadas ausentes, llorando por la hija que presienten muerta.

## PARA TI, UN CUENTO

Toda historia tiene un principio. Ninguna historia tiene final. La tuya (sí, la tuya, que me miras de reojo, escondiéndote de este discurso) es la historia de un círculo que parecía perfecto hasta que terminó de romper contigo. Nadie te culpa, a no ser tú, que hace tiempo que sientes el ronroneo de este soliloquio dentro de tu alma sin tener la valentía de encararte con él. Pero ya te lo advierto para tu consuelo: nada terminó todavía.

¿Cómo explicar esta imagen? «Esto era una vez», empezaría el contador del cuento, «una circunferencia perfeccionada donde una decena de seres giraban, unos tras otros, exactamente ordenados generación a generación, sin perder nunca la órbita señalada. Todos, como animales sumisos y privados de vista, acataban preferencias y tempos: todos seguían un ritmo y un destino prefijado. E incluso protestaban con malestar cuando alguien, despistado, rompía la perfección de lo impuesto. Pero llegó un día; mejor dicho, pasó un día detrás de otro, hasta que lo perfecto terminó por quebrarse».

La niña que fuiste gemiría ahora al escuchar estas palabras, pensando que aquí habría de escribirse un amargo punto y final. Pero la mujer que terminarás siendo comprende que su papel fue el de mediar como heredera; como una pasera generacional ante la escalera firme de piedra y el pequeño vacío que supone alcanzar el porvenir. Todo, frente a la historia, absolutamente distinta, que se va a contar mañana.

He aquí el relato de cómo trataste de entender la vida de una estirpe que fue condicionada por la existencia de algo tan insignificante como una cama. Ésta es la historia de cómo recuperaste tu dignidad.